

EL COLOR DE LA FELICIDAD

Yo me consideraba diferente, bueno más bien todos me decían que era diferente al resto y me miraban extrañados, otros apartaban la mirada rápidamente y se ponían a cuchichear entre ellos, pero yo no entendía el porqué de sus acciones, así que siempre respondía con una gran sonrisa.

Mis padres decían que yo era especial y que no tenía que importarme lo que los demás dijese de mí, pero no entendía porque me lo decían ese mismo día, aunque quizás tenía que ver con que mañana sería mi primer día de clase en el nuevo colegio.

Esa noche estaba un poco nervioso por cómo serían mis nuevos compañeros, mis profesores, las aulas... Y finalmente con esos pensamientos caí dormido.

Ya era la hora de levantarse, aunque el cielo todavía estaba oscuro, mis sentimientos de la noche anterior de nervios, se habían convertido en euforia e inquietud. Me comí rápidamente el desayuno que había preparado mi padre, tortitas con sirope de chocolate y me subí al coche, no quería llegar tarde mi primer día y mucho menos causar mala impresión.

Allí me encontraba yo, ante las puertas de un enorme colegio emocionado como niño pequeño al ver una bolsa llena de dulces. Estaba deseando entrar ahí y observar cada color, cada árbol, cada columpio, en resumen, de verlo todo, pero tenía que darme prisa y dirigirme a mi clase, segundo de secundaria.

Al abrir la puerta de la clase no me encontré lo que me esperaba, todo era de colores apagados, sobretodo de grises y de los alumnos que estaban ya sentados solo se podían apreciar caras largas y gente quejándose de lo temprano que era y que estaban cansadísimos, yo en cambio a pesar del ambiente me sentía vivo por dentro, por lo que no tarde en juntarme a un grupo de chicos para presentarme.

-Hola, me-me llamo Marco, ¿qué-qué tal? - pregunté tímidamente, pero con una sonrisa de oreja a oreja.

Algunos se apartaron de mi y otros directamente me ignoraron, pensé que sería porque era el momento de sentarse así que busqué una silla que estuviese libre y me senté. Pocos minutos después vino nuestra profesora vestía en tonos oscuros, como la mayoría de mis compañeros, en ese momento me arrepentí de haber escogido ponerme mi camiseta de dinosaurios y mis vaqueros azul cielo, a lo que llamaron a la puerta, era una chica que llegaba por los pelos así que muy a regañadientes la profesora la dejó pasar, hecho una ojeada rápida a la clase y me preguntó si podía sentarse a mi lado, yo feliz ante tal pregunta asentí con la cabeza y la pregunté su nombre.

-Me llamo Elena, un placer conocerte, ¿eres nuevo aquí no? - preguntó interesada.

-Sí, me he mudado hace unos pocos días. Me gusta tu camiseta. -le dije.

En el centro de está, se encontraba una mandala de vivos colores y también llevaba una falda rosa con lunares granates.

-Gracias- me contestó ella- Ya habrás notado que la gente de por aquí no suele llevar este estilo de ropa. -susurro mientras miraba fingía prestar atención a la profesora.

-Sí, incluso los profesores van como medio muertos por los pasillos, parecen zombis-le conteste.

Ella emitió una risita lo que causó que la profesora se la quedará mirando con el ceño fruncido.

Ya había pasado casi toda la mañana, solo nos quedaba una hora, y tenía una nueva amiga. Me estuvo contando que ese pueblo las personas suelen estar tristes y apagadas y que el entorno no les ayudaba a estar mucho más felices, por eso mismo aquella mañana al verme ahí sentado tan sonriente decidió sentarse a mi lado.

Llegó la profesora de lengua y se llevaron una gran sorpresa al ver que entraba muy feliz y con una sonrisa de oreja a oreja, al verla los alumnos se animaron un poco, pero no demasiado.

Convirtió una clase que tenía pinta de no ser la más llevadera, ha hacer que fuese la más divertida de la mañana. Como deberes nos mandó buscar una poesía jovial para el día siguiente, cuando se hubieron marchado todos nos pidió a Elena y a mí si podíamos hacerle un pequeño favor. Escuchamos atentos su petición y aceptaos encantados. Cuando nos encontrábamos ya en el pasillo oímos que nos dijo a viva voz:

-No olvidéis llegar pronto a clase mañana- gritó alegremente.

Elena y yo nos despedimos en el aparcamiento y nos fuimos cada uno a nuestros coches, donde les estuve contando a mis padres todo lo ocurrido en el día de hoy incluida la conversación con mi profesora, a ellos también les pareció una gran idea y me ayudaron a llevarla a cabo.

No podía esperar a que llegase mañana y menos aún sabiendo que a primera hora le tocaba lengua, tenía incluso más ganas que el día anterior. Y así pues llegó la noche y más tarde el día.

Tenía todo preparado en la mochila para afrontar el día con gran entusiasmo. Al llegar saludó a su amiga quien al parecer había hecho caso de la profesora y había llegado temprano.

Cuando llegaron a la clase, esta, se encontraba cerrada, por lo que se quedaron en el pasillo. No tuvieron que esperar mucho ya que la profesora llegó en un santiamén.

- Habéis traído lo que os pedí??- pregunto emocionada la profesora.

Ambos nos descolgamos las mochilas de los hombros y las abrimos sacando de ellas un montón de dibujos llenos de color. La profesora feliz cual perdiz, empezó a colgarlos por toda la clase junto con nuestra ayuda, como si no hubiese un mañana.

Fueron llegando los alumnos y algunos incluso sonreían otros en cambio se resistieron, aunque no duraron mucho puesto que nadie se pudo resistir a echarse unas carcajadas después de escuchar aquellas poesías. Ante tanto alboroto de risas acudieron algunos profesores quienes no pudieron evitar sonreír incluida su profesora del día anterior. Poco a poco lo único que se veía en las caras de cada persona era felicidad, marcada con una amplia sonrisa. Por último, la profesora repartió pinturas para que así pudieran decorar sus camisetas de la manera que quisieran, utilizando así todos los colores disponibles menos el gris y el negro.

Todos salieron de allí como nuevos, nadie se quejaba, nadie tenía caras largas todo era luz y color.

Al llegar la hora de regresar a sus respectivas casas, los padres salieron de los coches con caras enfurecidas al ver el desastre de sus camisetas juntado con el estrés que ya sentían de por sí en sus trabajos, pero al fijarse en sus hijos en su cara de felicidad, ni uno solo pudo evitar sonreír. Y aunque muchos digan que una sonrisa no puede cambiar nada hoy se ha demostrado que puede cambiar muchas vidas.